

## El simbolismo de los Mitos

Enrique Selva Poveda

Empecé dedicando alguna atención al estudio de algunos mitos antiguos, sobre todo a muchos de nuestra tradición judea y griega. Me cuidaba sobre todo de considerar su simbología, qué se quiso decir con ellos, si su mensaje era de algún modo actual todavía. Reflexioné mucho sobre el mito de la *Diosa Madre* en distintas culturas, en el mito del *Paraíso* de tan riquísima significación, en el relato de *Caín y Abel*, en el de *Paris y las 3 diosas*, único en la tradición griega en el que se conserva la división tripartita del Universo propia de la civilización indoeuropea; en los cultos a *Deméter*, la diosa de la agricultura, cuyas formas de expresión externa todavía se conservan en ritos cristianos; en las tradiciones que hablan sobre *Lilith*, la primera mujer de Adán, mito de una significación psicológica extraordinaria. También me ocupé en la brusca aparición de la *Leyenda del Santo Grial* en el siglo XII, de manos de Christian de Troyes y su relación con el paradero del Arca de la Santa Alianza; del relato de los viajes y aventuras de las *Hijas de Dánao, las Danaides*; de la hermosa *Epopeya de Gilgamesh*. Y otros muchos relatos míticos.



Lo primero que quiero indicar ahora es la profunda convicción que obtuve sobre su “Verdad”. Pero, ¿qué tipo de verdad podría encontrarse tras estos relatos? En algunos casos estaba claro un trasfondo histórico, resumido en forma metafórica por el mito; así, por ej., las travesías marinas de las danaidas traducen las emigraciones de pueblos desde Palestina, cubriendo

etapas por las islas del mar Egeo hasta Creta; y de allí al Peloponeso. Tuvieron lugar estas emigraciones antes de 1200 a.C, no conservándose documentos escritos, pero sí yacimientos arqueológicos, confirmatorios en lo substancial con el camino seguido por las danaidas perseguidas por los hijos de Egipto. Y la Leyenda de Teseo y Ariadna es reflejo de los sucesos que permitieron independizarse al Ática del poder cretense.

Pero no es ésta su Verdad más importante; lo es, sin embargo, aquélla que hace referencia al *alma colectiva* de los pueblos de la antigüedad y, superpuesta, la referente a su *alma individual*. Aquí sí entroncamos en lo que es la verdadera naturaleza del relato mítico, su profundo significado humano, donde se encuentra esa atracción extraña hacia algo que en apariencia parece ser una invención. La significación del mito es múltiple y de ahí lo difícil de su definición; cada autor que se ha ocupado de ellos da una diferente, en la pretensión imposible de su concreción. Pero es que algo que tenga una traducción única, igualmente inteligible en su totalidad para todos es que no es un mito. Si algo lo caracteriza es su *inconcreción*. Tiene tantos significados como lectores. Ocurre exactamente igual, y por las mismas razones, con la obra de arte: cada observador de un cuadro de un gran pintor se siente conmovido de forma diferente; cada uno de ellos “ve un cuadro distinto” y le será difícil precisar qué es lo que hay en esa obra artística que le ha hecho vibrar sentimentalmente.

Algo semejante ha pasado cuando el lector ha leído la palabra *alma* transcrita en el párrafo anterior. Estoy seguro que ha entendido lo que he querido decir, aunque es posible que encuentre dificultades en definirla. Pero es importante que intente explicar un poco en qué sentido la voy a ir empleando. No en el que la utilizó PLATÓN en su diálogo *Fedón*, cuando la pone en boca de Sócrates en su última conversación antes de ser ajusticiado. Para PLATÓN era un ser espiritual, independiente pero asociado al cuerpo, inmortal en su propia esencia. Cuando aquí hable de *alma individual* me referiré a algo semejante a lo que se entiende por “yo-mismo”, aquello que me hace pensarme, igual a mí y distinto a los demás; no separable del cuerpo y que me hace *sentir y pensar*.

*El alma colectiva* es esa parcela del *mi-mismo* que me hace sentir en común con los demás, con la comunidad en la que convivo y en común con el resto de la Humanidad. No ha sido un olvido la omisión de la palabra pensar al referirme a esta alma colectiva, pues sus contenidos no son pensados por ser irracionales. Más adelante insistiré una y otra vez sobre estos aspectos tan fundamentales. Tienen su correspondencia en los conceptos orientales del *Bhrama* en un sentido de “alma universal”, Única, que representa la Totalidad, y el del *Atmann*, su participación individual.

El mito es el lenguaje que emplea el alma colectiva para indicar sus vivencias. Emplea, en lugar de pensamientos, *símbolos* que, como un espectáculo nos presentan un relato que *conmueve* y en el que nada es lo que parece. Para poner algún ejemplo que haga esta situación comprensible para el lector se puede escoger el mito del Paraíso; es de una riqueza simbólica extraordinaria.

El relato que leemos en el Génesis no es el original. Hay uno anterior con el que claramente se relaciona. En la *Epopeya de Gilgamesh* sumerio, el héroe va en busca de la planta que le dé la eternidad; en su camino atraviesa el Paraíso y encuentra junto al árbol mítico no a Dios, sino a una diosa.



En este cambio de un Dios femenino en esta antigua epopeya al Dios masculino de la Biblia se manifiesta el enorme cambio histórico que supuso pasar de una civilización matriarcal a la fuertemente patriarcal del pueblo judío. A la diosa Madre Tierra la sustituye el tronante dios Celeste Yhavé. La diosa queda relegada a simple mujer, *Eva*, que mantendrá unas riquísimas relaciones simbólicas con la fecundidad, el demonio y la Virgen María. Habrá que volver sobre estos aspectos más adelante al hablar de un símbolo crucial en la Alquimia, el de la *cuaternidad*.

Y hay más, mucho más, en el relato de la caída del Hombre. Mientras que en la interpretación anterior está referida a un choque de civilizaciones, a una interferencia entre pueblos distintos, se encuentran también implicaciones individuales, del propio desarrollo personal a lo largo de la vida. Cuando los padres primeros prueban el fruto del árbol prohibido adquieren la sabiduría, y este aspecto queda bien resaltado en el relato: “*Vio, pues, la mujer que el árbol era bueno para comerse, hermoso a la vista y deseable para alcanzar por él la sabiduría*”<sup>1</sup>. Por otro lado, la naturaleza de la falta hay que suponerla sexual por la referencia inmediata a la concienciación de su estado de desnudez. Es decir, es dable suponer una doble “maduración” de la personalidad de los padres primeros, biológica y en la del conocimiento. Ya no precisaban de la *matrix primera*, del cuidado que como infantes les prestó Dios, la vida ya no les vendría dada, sino más bien tendrían que creársela. Más que expulsados del Paraíso, ellos lo dejaron.

---

<sup>1</sup> Génesis, 3, 6.

Igual como la vuelta a la inocencia de la infancia es imposible, también en el mito las puertas del Paraíso quedan guardadas por un querubín.

De una forma semejante podemos tratar el relato de Caín y Abel. Éste último representa en realidad a unos pueblos y una civilización, a todo el mundo espiritual en el que estaban inmersos los que se dedicaban al campo y al pastoreo. En cambio, es llamativo lo que dice la Biblia de los descendientes de Caín<sup>2</sup>. Entre ellos se encuentra Jubal, “*el padre de cuantos tocan la cítara y la flauta*”, y Tubalcaín, “*forjador de instrumentos cortantes de bronce y de hierro*”. Ellos eran los representantes de la Edad de del Bronce y el Hierro, los que “matarían” a la civilización agrícola.

Con estos dos ejemplos queda claro que los mitos expresan siempre aspectos de la historia de la Humanidad. Pero una historia que expresa, antes que cosas pasadas, ante todo hechos “vividos”. Son retazos históricos del *alma colectiva*, pero superpuesta a la evolución psicológica individual de los hombres que los crearon. Conforme iba profundizando en la naturaleza de los mitos iba quedándome cada vez más persuadido de que la Historia es también presente, que lo pasado continúa. Que, a nivel individual, continúo siendo lo que he sido. Y lo que es todavía más maravilloso, que en nuestro interior hay un alma colectiva que asume en sí la historia de toda la Humanidad. Modernamente, la Psicología (JUNG) ha llamado a este componente el *inconsciente colectivo*, pero fue experimentada antes por todos los hombres. Especialmente por los místicos<sup>3</sup>, los profetas y los poetas. Todo ello muy relacionado con los sueños, pues éstos son el único portillo del que disponemos todos los hombres para asomarnos a ese mundo oscuro que tenemos en nuestro interior.

### **La implicación actual de los mitos**

Pronto se me planteó una cuestión. Si los mitos eran cosa del pasado o si continuaban todavía actuantes. Sus *formas*, quiero decir, su manera de expresarse, los personajes que habíamos heredado en las representaciones míticas, parecían en este mundo racionalista en el que nos encontramos como trasnochadas. El hombre moderno ha perdido la clave para entender el mensaje mítico. Se relegan estos relatos a cosas para “cuentos de niños”. Actualmente el símbolo se ha sustituido por el concepto. El aprendizaje intuitivo por la demostración. Para el hombre moderno la única realidad es la “consciente”, demostrable por teoremas, verificable por la experimentación<sup>4</sup>.

Pues bien, aunque el lenguaje de los antiguos mitos no fuera actual, sus motivaciones, su significado profundo seguían vigentes. Eran

---

<sup>2</sup> Génesis 5, 7-24.

<sup>3</sup> La experiencia del estado místico, tan importante en su comprensión para estar preparados a entender la iniciación alquímica, es una especie de “vivencia consciente” de esa alma colectiva.

<sup>4</sup> Entendida aquí la experimentación como externa, objetiva, cuya realidad es independiente del experimentador. Se olvida otra realidad, no menos “real” que la anterior, la psicológica. Ésta es, no obstante, la primeramente aprendida, ya que el primer conocimiento es el de la existencia de “uno mismo”, de nuestra entidad psicológica.

perfectamente aplicables a situaciones presentes. Es un hecho que al presentarlos con personajes y circunstancias de este siglo, por ejemplo en el cine, siguen conmoviendo.

Unas veces muestran una situación anímica que es consustancial con la naturaleza humana. Así ocurre con el mito de *Prometeo*. Fue un Titán que se rebeló contra el dios supremo Zeus, robando el fuego para entregarlo a los hombres; enseñó también a ellos una serie de cosas muy útiles para su subsistencia; y el dios se vengó atándolo a una roca del Cáucaso mediante cadenas; todos los días un águila corroía su hígado, que volvía a crecer cada mañana. Expresa de forma inigualable la angustia existencial del hombre, la rebeldía contra el destino y la falta de conformidad con su situación.

Otras veces se han conservado las formas, aunque hayan cambiado los personajes. Muchos signos litúrgicos cristianos son continuación de otros paganos. El uso de los cirios y la celebración de la fiesta de la Candelaria recuerda las procesiones de los cultos a la diosa Madre Deméter.

En el caso del relato de Lilith, la primera mujer de Adán, y su comparación con Eva, se presta a un profundo estudio psicológico dentro de las concepciones psicológicas modernas. Vendría a ser, en la nomenclatura jungniana el *animus* de la mujer<sup>5</sup>, que determinaría un carácter voluntarioso, dominante e impertinente.

Los mitos, pues, son expresiones simbólicas de nuestro inconsciente colectivo, del *alma colectiva*, que, de forma simbólica, hablan a ese animus-anima interior que los recoge intuitivamente. Símbolos que se nos muestran espontáneamente en los sueños. Manifestación de revelaciones. Vía no racional de entendimiento. Visión de la Verdad como espectáculo, los mitos son necesarios para nuestro reequilibrio psíquico. En el mundo actual existe una hipertrofia de nuestro yo-consciente racional, con negación de otras instancias más profundas. Que, sin embargo, están siempre actuantes y, al olvidarlas, se manifiestan a través de trastornos de la personalidad y neurosis diversas.

La Alquimia pretendía, en cambio, una integración del hombre en su totalidad, un equilibrado desarrollo personal. Pero, dado que por entonces el nivel de concienciación era mucho menor, su lenguaje no fue nunca claro, convirtiéndose en una verdadera “ciencia ocultista” con expresiones crípticas, en ocasiones literalmente insoportables.

La parcela de nuestro total psiquismo que se muestra como consciente es como la punta de un iceberg, como una isla que emerge de la superficie marina mientras la entera cordillera está en las profundidades. Pero esa punta, esa isla fue mucho más pequeña hace unos siglos, y lo sigue siendo en muchos pueblos infradesarrollados actuales. A veces pretendemos

---

<sup>5</sup> Para Jung nuestro psiquismo global, formado por el yo-consciente y el inconsciente forman conjuntamente la totalidad llamada por él el *si-mismo*. Esta totalidad del ser sería hermafrodita. Así, la mujer tendría oculto en su subconsciente un componente masculino que llamó *ánimus*, mientras que en el hombre habría un componente femenino llamado *ánima*.

comprender ciertos sucesos de estas sociedades (los recientes sucesos del Africa de los Grandes Lagos) con nuestra mentalidad occidental y nos resultan inexplicables, ignorando el gran poder que mantiene el alma colectiva en ellas, con un nivel de conciencia más bajo.

A propósito de esto es interesante transcribir unos comentarios de NIETZSCHE<sup>6</sup>: *“Cuando soñamos repetimos una vez más la tarea de la humanidad anterior...Pues bien, yo creo que, así como hoy el hombre razona en el sueño, razonaba también la humanidad durante la vigilia a través de muchos milenios; la primera causa que se le presentaba al espíritu para explicar alguna cosa necesitada de explicación le bastaba y pasaba por verdad. En el sueño continúa obrando sobre nosotros ese viejísimo trozo de la existencia humana, pues es el fundamento sobre el cual la razón superior se desarrolló y se desarrolla aún en cada hombre: el sueño nos transporta a estados lejanos de la civilización humana y pone en nuestra manos un medio para comprenderla mejor”*.

La Humanidad antigua soñaba despierta y los mitos eran su forma privilegiada de expresión. Nos parecen sin sentido porque hemos olvidado sus claves. Su unidad semántica era el *símbolo*, pura metáfora, en el que a nuestros ojos actuales nada es lo que parece. De la naturaleza se toman las imágenes, pero todas referidas a nuestras vivencias interiores: *el árbol de la vida* cuyo fruto da la eternidad; *la paloma* como manifestación del Espíritu; *el árbol del bien y del mal* o de la Sabiduría. El viaje a las profundidades del mar de *Jonás* donde es tragado por el monstruo, para expresar la profunda angustia del profeta, el hundimiento en los abismos del inconsciente, “su bajada a los infiernos”; la misma situación que narra S. JUAN DE LA CRUZ en su “Noche oscura”.

El alquimista utilizaba también un lenguaje semejante. En su quehacer hablaba y manipulaba las sustancias naturales, pero en realidad estaba obrando sobre su propio psiquismo. Se daba perfecta cuenta que su ser total era mucho más de lo que se le presentaba ante sí. Que cada cual era de una complejidad extraordinaria y desconocida. Por eso se podían escribir frases como las siguientes de SOLOMÓN TRISMOSIN<sup>7</sup>, expresadas en su enrevesado lenguaje, pero que indicaban ya la complejidad de nuestro psiquismo:

*“ Estudia, pues, qué eres,  
de lo cual eres una parte.  
Lo que tú estudias, aprendes y es,  
es realmente lo que eres.  
Todo cuanto está fuera de tí,  
está también dentro de tí.  
Así escribió Trimosín.”*

---

<sup>6</sup> De la obra *Humano, demasiado humano*, Y, 12 y 13.

<sup>7</sup> *Aureum Vellus*, 1598.

Es decir, lo que conoces de tí es una parte de tu ser total. Y lo que está fuera de tí, la Historia común, es también parte de tí.

La significación de cualquier símbolo es tan compleja que puede indicar simultáneamente una cosa y su contraria. Ejemplo es el *simbolismo lunar*. La Luna (la Luna Nueva) es símbolo de muerte porque al fin de su ciclo se oscurece y desaparece a la vista; pero es también signo de resurrección pues, como Ave Fénix, revive en forma de Luna en cuarto creciente.

La *serpiente* es símbolo de muerte, pero también de eternidad, pues, al cambiar de piel, parece que revive una y otra vez. Cuando adquiere la forma alada de *dragón* adopta una significación doble, más aún triple: en sus alas representa al ángel caído (Lucifer); es también señal de fecundidad, ya que en las civilizaciones patriarcales es equivalente a la diosa Madre, de la que toda naturaleza es nacida; es manifestación asimismo de las fuerzas del mal. Y no termina aquí su complejísima simbología. Como señal de fecundidad se relaciona profundamente con la Mujer. Ésta, como símbolo, está entrelazada constantemente en los relatos míticos con el Dragón. Es un palmario ejemplo el *Libro de la Apocalipsis*: en él puede leerse como ejemplo (XII, 1-3):

*“Apareció en el cielo una señal grande, una mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre la cabeza una corona de doce estrellas, y estando encinta, gritaba con los dolores del parto y las ansias de parir. Apareció en el cielo otra señal, y vi un gran dragón de color de fuego, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre la cabeza siete coronas”.*

Es difícil encontrar otro texto que, en tan pocas palabras, reúna tantos símbolos: la mujer parturienta, el dragón, la luna, el sol, el cielo, las doce estrellas, el número siete, el color de fuego.

En resumen, había adquirido la convicción de que los pueblos de la antigüedad utilizaban relatos míticos para expresar sucesos históricos que afectaban a grandes comunidades, o para exponer determinadas vivencias que afectaban profundamente a su psiquismo. Todas esas vivencias, en el curso del tiempo y con un mayor desarrollo del nivel de conciencia de los pueblos, han pasado a un nivel inconsciente, inaccesible en estado de vigilia, manifestado en el curso de los sueños con una simbología semejante a los mitos conocidos.

.....

Pero ello no aclaraba una cuestión pendiente, el hecho de que en el mundo occidental se hubiera bifurcado su civilización en dos formas paralelas, la oficial y la secreta, la publicada libremente y la ocultista. La solución empezó a serme posible cuando cayó en mis manos un corto escrito, un fragmento de un filósofo presocrático, ANAXIMANDRO,...

